



## **DISCURSO DE APERTURA DE ANA FERNANDA MAIGUASHCA, CODIRECTORA DEL BANCO DE LA REPÚBLICA, EN CONGRESO DE ASOMICROFINANZAS**

- Doctora María Clara Hoyos, Presidente Ejecutiva de Asomicrofinanzas
- Doctor Gregorio Mejía Solano, Presidente del Consejo Directivo de Asomicrofinanzas y demás miembros del Consejo Directivo
- Doctor Jorge Castaño, Superintendente Financiero, que nos estará acompañando en la jornada de mañana
- Doctor Gerardo Hernández, Miembro de la Junta Directiva del Banco de la República
- Doctor David Salamanca, Director de la Unidad de Regulación Financiera
- Doctora Juliana Alvarez, Directora de la Banca de las Oportunidades
- Muy apreciados miembros del Congreso de la República
- Señora Carolina Trivelli, Exministra de Desarrollo e Inclusión Social de Perú
- Miembros del equipo de la IFC
- Invitados internacionales
- Estimados periodistas

### **Señores y señoras**

Es para mí un motivo de enorme satisfacción que me hayan invitado a estar aquí en la instalación de este congreso. En el frente personal, porque querrá decir entonces que en algo habrán contribuido las múltiples tareas de los equipos que he acompañado en mi vida laboral intentando mover las fronteras de la inclusión financiera (porque si no, no me habrían invitado); y más importante, en el frente institucional, porque es con enorme felicidad que año a año soy testigo de los grandes avances que esta idea, que es más que un gremio, y no está en realidad compuesta solo de una industria, presenta.

Quiero felicitar a la Dra. María Clara porque no es tarea fácil el avanzar agendas de innovación y lograr presentarlas en un foro que suscite interés y más puntos de apalancamiento, nuevos creyentes, más apuestas, semillas de entusiasmo, y sin embargo ella logra que siempre salgo de este congreso pensando que si se puede, que es cuestión de trabajar. Felicitar también a los equipos que están detrás de todo este trabajo, y a todos los movimientos precursores de este esfuerzo, caras conocidas en el auditorio, porque cada uno habrá contribuido de alguna forma a que estemos hoy aquí.

Después de lo dicho, les voy a confesar que esta historia no toda ha sido de amor. Por una parte, abiertamente reconozco que a mí la palabra microfinanzas nunca me ha gustado;

porque el prefijo micro, la idea de que tuviera que enfocarse en empresas pequeñas, que esa fuera su vocación, me inquietaba. Me preocupaba mucho que en nuestra eterna manía regulatoria de querer incentivar a los que nacen premiando el ser pequeño, matáramos la ambición. La sana ambición que es lo que en realidad nos lleva a querer innovar, cambiar, crecer, hacerlo mejor. Por otra, en algún momento me preocupaba enormemente que hubiésemos limitado la discusión de política pública de inclusión financiera a la originación de microcrédito, como ocurría a principios de la década, y como ocurría también en otras latitudes.

Sin embargo, este congreso es prueba de que la realidad ha ido probando que estaba equivocada en ambos frentes. En primer lugar, porque el concepto de microfinanzas ha evolucionado hacia una forma de innovar para lograr el alcance que requiere la penetración de los servicios financieros formales en Colombia: más allá de la financiación de negocios pequeños. En esa medida, aunque sigo considerando que hay muchas áreas de la inclusión financiera que también se beneficiarían de que pensemos más ampliamente al plantear sus normas y productos, las microfinanzas, pensadas desde su origen, el microcrédito, han ido abriendo el paso para que todos, reguladores e industria, pensemos diferente.

En segundo lugar, porque gracias a los esfuerzos de quienes trabajan arduamente en esta área del negocio, la discusión microfinanciera hoy cubre mucho más que el microcrédito, y avanza en la adaptación de los avances tecnológicos y la enorme comprensión que tiene de los agentes pequeños, independientes y consumidores de menores ingresos, para ir profundizando en un mayor número de servicios, que son todos ellos necesarios para lograr superar las barreras que la informalidad típicamente le impone a estas personas o empresas.

Hoy además, reviso parcialmente mis prejuicios. El origen de una industria que atendiera pequeños negocios, y que usualmente se diera desde también pequeños balances, si los comparáramos con el resto de los establecimientos de crédito, resultó en una enorme ventaja para su capacidad de innovar y crear nuevas soluciones. Mi conclusión, no muy científica, y más vale obvia, es que innovar es más fácil para los pequeños. Quienes se dedican a las microfinanzas normalmente son entidades más jóvenes, con balances más pequeños y que tienen una mayor capacidad de explorar y ajustarse a nuevas realidades.

Esto es cierto a nivel de entidades y a nivel de industrias. Sistemáticamente encuentro que en los foros donde se convocan industrias nacientes, hay más creatividad, mayor nivel de innovación y un empuje sistemático de las fronteras. Digo que es más vale obvia, porque para las industrias consolidadas, lo cual típicamente redundaba también en que sean de mayor tamaño, experimentar es más costoso. Hay mayores costos hundidos, las estructuras se hacen más pesadas, la carga regulatoria puede haberse incrementado por los riesgos que la escala misma genera, etc.

Así que al final del día encuentro que los debates que se dan en este congreso son la punta de lanza de progresos que podrían hacer parte de la agenda de innovación de la parte más “tradicional” de la industria. Esto es particularmente importante para nuestra economía.

El nuestro es un país de ciudades. Esta frase ya la habrán escuchado. No nos parecemos, por ejemplo, ni a Chile, ni a Perú, ni a Ecuador, cuya población se concentra en su capital y su puerto. Somos similares a países mucho más grandes en población, como Brasil o México.

Tenemos 62 municipios que cuentan con más de 100 mil habitantes en sus cabeceras municipales. Tampoco somos un país rural: más del 70% de nuestra población es urbana, si bien no se concentra en pocas y grandes urbes. La población se distribuye entonces en muchas ciudades pequeñas e intermedias, dificultando el aprovechamiento de economías de escala, encareciendo el costo de la provisión de los servicios del estado y también de muchos otros servicios formales. Si bien la población rural no es una gran mayoría, de su desarrollo depende el mantener grandes territorios nacionales con vocación legal en su producción y en consecuencia pacíficos.

Las ciudades intermedias y recientemente aun las más pequeñas, al igual que el campo, representan dinámicas importantes para el crecimiento del país y para muchas otras variables que hacen que su acceso a múltiples servicios financieros sea fundamental. Por ejemplo, cuando se examina la variación anual del semestre terminado en mayo del empleo, se encuentra que para establecimientos con menos de 10 trabajadores, el mayor crecimiento lo presenta la categoría denominada “otras cabeceras central”, es decir, las cabeceras municipales por fuera de las 23 más grandes, ubicadas en el centro del país. Y, con más de 10 trabajadores, ese puesto lo ocupa la categoría “centros poblados y rural disperso”.

En una coyuntura como la actual, que estas regiones, que no corresponden a las cabeceras municipales más importantes del país estén soportando de alguna forma la tremenda resiliencia del empleo es llamativo y hace prioritario que entendamos la importancia del acceso que esta población, un poco más alejada de los grandes centros urbanos, pueda tener a los servicios financieros formales.

Es entonces necesario contar con un sistema financiero heterogéneo, que esté en capacidad de acoger una población de habitantes y empresas distribuidas en una geografía quebrada, con altos niveles de informalidad, y con poco acceso a las mejoras tecnológicas.

Como se va a ver a lo largo de este congreso, la industria microfinanciera es una pieza fundamental en el diseño de productos que se adapten a esta gran variedad de necesidades. En su origen su ventaja competitiva era el conocimiento de su cliente y el acompañamiento que realizaba, soportando en un alto costo administrativo, una relación sostenida que permitía administrar el riesgo; donde un banco tradicional habría incurrido en pérdidas de cartera, una entidad especializada en microcrédito habría incurrido en altísimos costos de originación y mantenimiento. El resultado en el estado de pérdidas y ganancias podía ser similar (en un ejemplo teórico) pero en el caso de la microfinanciera, su forma de asumir los costos del proceso de originación y mantenimiento de crédito permitía que quien ganó el acceso lograra mantenerlo, con un impacto radicalmente distinto en términos de desarrollo económico.

La evolución de este oficio de las microfinanzas se ha afianzado en la capacidad que los avances tecnológicos le han brindado a casi todas las industrias de reducir sus costos. Para esta industria, cargada de los costos del sostenimiento de una relación cercana con sus clientes, ello implica enormes beneficios marginales. Así mismo le ha permitido ampliar las fronteras de ese “conocimiento” con el que acompañaban de siempre a sus clientes. Inicialmente la asistencia técnica que podía acercar la industria microfinanciera a sus clientes arrancaba con principios básicos contables, orden, método, algo de mercadeo... hoy día el

conocimiento que pueden acercarlos no tiene límite, porque, hay que decirlo: ¡Google es un genio!

Puesto en mis palabras, la industria microfinanciera fue construyendo una red capilar que aprendió a llegar a muchos de los productores que no lograban adaptarse al “molde” que modelos tradicionales parecían exigirles para poder brindarles servicios financieros formales. La tecnología está permitiendo reducir los costos del mantenimiento de esa red y ampliando de forma exponencial los conocimientos que ahora pueden suministrarle a estos agentes.

Sin embargo, ello amplía la frontera de lo posible, pero no necesariamente elimina los riesgos ni resuelve todos los problemas. El acceso al crédito que no está destinado a un proceso productivo, el de consumo e hipotecario, pero en hogares que no caben dentro de los productos más tradicionales es todavía un reto en el que hay que trabajar. De la misma manera que se permitió generar otra forma de pensar para el microcrédito, hay que trabajar en nuevos modelos para el consumo de muy bajo monto. El decreto fue un buen comienzo, pero todavía hay que pensar en eliminar más restricciones (fácil para mi decirlo). Mi vida ha tenido más de regulador financiero que de cualquier otra cosa, y sé del temor de Dios con el que los reguladores movemos las fronteras, porque nadie nos agradece los adelantos, pero somos responsables de todos los desastres. Sin embargo, a veces es útil liberarnos de nuestros propios temores y darnos cuenta que los niveles de exclusión actuales, no son admisibles en la idea de una construcción de una sociedad próspera y sostenible. Alguien tiene que hacer la primera apuesta, como lo hemos hecho con muchas cosas. Como tendremos que hacerlo con muchas más.

Para que este discurso no vaya a sonar más alocado de lo que corresponde a un banquero central, también debemos continuar pensando en los riesgos. No existe una tecnología que haya eliminado los ciclos económicos. En consecuencia los riesgos macroprudenciales siguen estando presentes y es evidente del deterioro reciente de la cartera en todas sus modalidades pero sobre todo en la microcrediticia, que en las partes bajas del ciclo, las pérdidas aumentan, al margen de la mejor relación que se haya cultivado con el cliente, y de toda la asistencia que se le haya podido brindar. Hay formas en que la tecnología ayuda por ejemplo a mejorar los procesos de cobranzas, mitigando en algo las pérdidas, pero no podría hablarse en realidad de una suavización del ciclo. En esa medida, estamos viviendo tiempos exigentes para todos los balances del sistema financiero. La carga financiera de los hogares aumentó y hay que manejar con cautela los procesos de inclusión en una coyuntura macroeconómica como la que estamos viviendo. Es importante que las conquistas que la industria ha hecho hasta el día de hoy, se mantengan y quizá ello implique un período de crecimiento mucho menores a los que logramos ver en los últimos cinco años.

Son tiempos emocionantes sin duda. Y estoy segura que emocionantes van a ser las historias que vamos a escuchar. Estoy convencida que aún no logramos dimensionar las muchas formas en que la tecnología de registro contable distribuido o blockchain va a permitirnos mejoras en eficiencias y por lo tanto en costos. Es evidente que en la industria de pagos, compensación y liquidación ya hay desarrollos que nos permiten al menos asomarnos a lo que podría ser el futuro. En otros segmentos de los diversos procesos inmersos en las diferentes industrias financieras, apenas se está investigando su potencial.

Este punto alto en el proceso de innovación tecnológica llega en momentos en que, llamémoslas las fronteras internas del país deben replantearse. Sitios donde antes no existían procesos productivos urbanos o agrícolas, empezarán a demandar producción. Se consolidarán nuevas tendencias de migración que aún desconocemos. Algunos agentes que otrora participaban del conflicto tendrán que encontrar actividades productivas. Todos ampliarán y diversificarán sus necesidades de consumo. Habrá que redimensionar la cobertura de muchos servicios hacia territorios que no habían sido propiamente conquistados por la legalidad.

Todo esto ocurre en medio del proceso de ajuste del choque más extraordinario de ingreso que haya vivido el país en su historia económica moderna. Un poco como siempre en las inmediaciones del trópico, cargado todo de algo de Magia Salvaje.

Nos hablarán de tecnología, de las experiencias de otros países, de desarrollo rural, del café en el Tolima, del Cacao, nos hablarán de apps y gadgets y aparatos. Recordemos siempre que nos van a estar hablando de la infinita capacidad de la industria financiera, si quieren ahora llamarla Fintech, o si no, de mejorar el nivel de bienestar de la población y de la responsabilidad que tiene de hacerlo.

Bienvenidos y muchas gracias.